

Homenaje a Lola Olmedo*

GERARDO ESTRADA

La historia de la cultura mexicana, como la de cualquier otro país, está llena de personajes cuya pasión y dedicación al arte han hecho posible desde la subsistencia de los creadores e intérpretes, a través de distintas formas de mecenazgo, hasta la búsqueda, el salvamento, el rescate y la conservación de nuestro patrimonio artístico en sus diferentes expresiones: pinturas, libros, películas y videos, edificios y templos, por citar ejemplos.

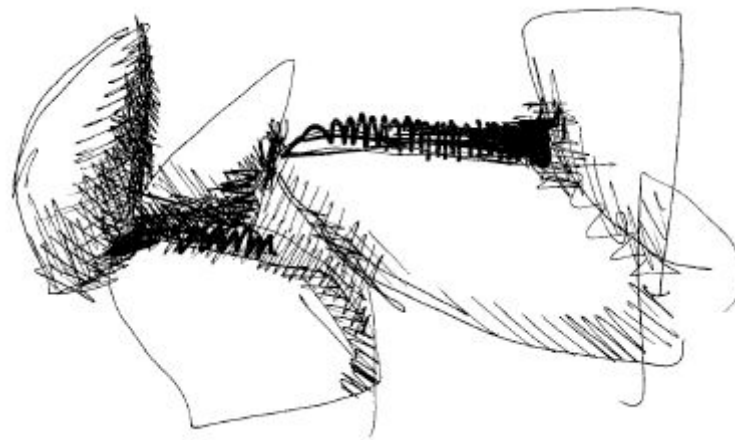
No son artistas, ni profesionales de la cultura y el arte (escritores, intelectuales, galeristas, promotores culturales, empresarios artísticos o representantes de ellos). Se trata de mujeres y hombres comunes y corrientes, seres humanos de las más diversas vocaciones, que un día se sintieron tocados, transformados por una sensación al entrar en contacto con un quehacer artístico: una pintura, una melodía, una construcción o un monumento, una danza; o al contacto con un personaje de ese mundo, normalmente considerado raro o inútil, que antes se conocía como el de la bohemia y ahora quizás, en el lenguaje juvenil, “nerd”.

Por supuesto que en muchos casos hubo un primer acercamiento en la infancia: un abuelo que leía y que poseía una biblioteca mediana, un cuadro que una madre adoraba; una película de la que siempre se oyó hablar o que emocionó de tal forma que se mezcló para siempre con sueños y realidad; algún maestro o maestra que hablaba de todos éstos, o cierta música que obsesivamente sonaba en los aparatos de sonido familiares. En fin, personas en las que de algún modo se desarrolló eso que comúnmente llamamos sensibilidad artística y que las convirtió en personas excepcionales.

La lista sería enorme, pero baste con un ejemplo histórico y emblemático: el afanoso noble francés que se dio a la tarea, en su momento

heroica y valiente por peligrosa, de rescatar y esconder en algunas bodegas del entonces Palacio del Louvre pinturas, esculturas, muebles, etcétera, para ponerlos a salvo de la furia de las masas revolucionarias que deseaban acabar con todo vestigio del orden viejo y que veían en esas obras sólo símbolos de poder y riqueza. Gracias a él, hoy tenemos uno de los grandes y maravillosos museos del mundo, el primero que sacó de los salones de los poderosos las obras de arte para ponerlas al alcance de todos, y que guarda tesoros invaluable para toda la humanidad, el Museo de Louvre en París.

Ésta es la especie de seres, la clase a la que pertenece por derecho propio Dolores Olmedo, quien bajo la guía de su madre, la maestra normalista María Patiño Suárez, viuda de Olmedo, se acercó un día en los pasillos de la Secretaría de Educación Pública a uno de los pintores de los entonces nacientes murales y dio inicio a lo que acabaría siendo, en lo personal, una gran amistad, y en lo social, para bien de todos nosotros, una de las empresas culturales más ejemplares y significativas del siglo XX mexicano, la que hoy me atrevo a llamar los museos de Diego, Frida y Dolores Olmedo, pues no debe haber la menor duda de que sin los esfuerzos, el afán de coleccionista, el empeño y la constancia de ella, estos museos no serían lo mismo y probablemente ni siquiera existirían...



* Palabras leídas por el autor en diciembre pasado en el Palacio de Bellas Artes, como parte del homenaje que se dedicó a Dolores Olmedo a cien años de su nacimiento.

Ciertamente, la generosidad inicial fue la de Frida y Diego, quienes dejaron clara su voluntad de que su obra quedara en manos del pueblo de México, pero cuántos ejemplos tenemos en nuestros días de que no basta esa voluntad para que quienes son responsables de cumplir con ella lo hagan efectivamente, sin propiciar con su ambición o indolencia que se pierdan obras importantes para México y el mundo.

Y es que a la niña Lolita su madre no sólo le inculcó el respeto y el amor al arte, sino que también la instruyó en los valores del compromiso social, en la obligación de compartir lo que se tiene, tal y como se encuentra inscrito en un muro del Museo Dolores Olmedo, lo que se convirtió en el paradigma de su vida.

Por supuesto que Lola fue muchas cosas más que esto. Fue sin duda una personalidad polémica por su audacia no sólo para su época, en la que se ubica a la vanguardia; por su activo e implícito feminismo, no discursivo; por su manejo empresarial, por la libertad de su vida personal. Todo ello confluye para crear un personaje de leyenda que ella misma se empeña en alimentar, nutrir, y que a veces borra su simple condición de mujer inteligente y decidida, que al mismo tiempo es una amantísima madre como tantas otras, y una leal y comprometida amiga de sus amigos.

Hoy que recordamos su aniversario número cien, quisiera imaginar qué hubiera hecho Lola de haber tenido la oportunidad de vivir más, cuántas otras polémicas provocaría y habría desatado, cuántos tesoros nos hubiese legado, cuánto más nos habría sorprendido y cuánto más nos hubiese enriquecido.

La labor de Lola Olmedo es bien conocida en lo que se refiere a los museos y colecciones que legó al pueblo de México, pero su labor de difusión de la obra de Diego y Frida no se limitó a nuestro país. Gracias a su esfuerzo y alianza con otros promotores del arte, como Armando Colina y Víctor Acuña, logró que se conociera más a estos artistas en diversas galerías y museos del mundo entero. Su generosidad abrió las puertas a la divulgación en diversas lenguas, bajo la iniciativa de Claudia Madrazo, del *Diario* de Frida, a que se abrieran las puertas a un conocimiento mayor y más íntimo de la personalidad de la artista.

Esta tarea se vio complementada gracias también al celoso cuidado de Lola y a su fiel cumplimiento

de la voluntad de Diego de conservar sus archivos, hoy recientemente abiertos y expuestos en la Casa Azul, para permitirnos una mayor comprensión no sólo de las vivencias personales de los artistas sino también de toda una época de la historia de México y el mundo, merced al apoyo de ADABI y de la Fundación Alfredo Harp Helú e Isabel Grañén Porrúa.

De Dolores Olmedo se seguirá hablando mucho durante mucho tiempo, porque su amor al arte hace que su memoria perdure en cada uno de los museos que ayudó a crear, a enriquecer y preservar. Museos cada día más concurridos por visitantes de todas partes del planeta que se sorprenden tanto del contenido de sus excepcionales colecciones como del continente, pues así como Diego y Frida le dieron su personalidad a la casona de Coyoacán, y Diego concibió el Anahuacalli, Lola supo hacer de La Noria un lugar muy especial en donde se respira su presencia y modo de ver el mundo.

Cada uno de estos espacios tiene una atmósfera particular, son auténticos templos laicos dedicados a la belleza, a la sensibilidad y a la inteligencia, teniendo como íconos a Diego y a Frida, que aunque bien sabemos no tuvieron nada de santos en la vida real, sí nos siguen iluminando cada día con su milagrosa obra, lo que nos permite albergar esperanzas en estos tiempos en los que la vulgaridad, la ignorancia y la estupidez amenazan con avasallarnos.

La labor de Lola ha encontrado por fortuna continuidad en sus hijos, encabezados por Carlos Phillips, quienes escrupulosamente han mantenido la voluntad de su madre con el apoyo del Fideicomiso del Banco de México y de su Comité Técnico, presidido por Carlos García

Ponce y en el que participa también parte de la familia de Diego Rivera, lo que garantiza que esta obra seguirá siendo parte de nuestro patrimonio.

Para finalizar, quisiera recordar lo que dijo Paco Ignacio Taibo I, lamentablemente también desaparecido hace poco, a la muerte de Lola:

Hoy me pongo de pie para dedicarle un minuto de silencio a la señora Olmedo, a la que nunca conocí pero de la que supe tantas cosas que podría escribir un anecdotario de treinta tomos [...]. Fue amiga de gente bien [...]. Fue mujer de buen gusto [...]. No es habitual en México que los ricos regalen al pueblo la obra de arte que fueron adquiriendo. Gracias, señora Olmedo. ~

